

## Guillermo Whitelow

### A las márgenes quietas

A las márgenes quietas  
donde te asomas,  
vuelvo la mirada y suspendo  
la partida.  
¿De dónde traes la luz  
que la repartes  
con las manos tan llenas  
de ti, de flores, de silencios?  
Cómo duele alejarse,  
no quedarse del todo,  
a tu lado,  
vigía sometido  
a la lámpara móvil  
de tu piel de estatua.  
Vigía en la penumbra  
del cuarto donde brotan  
tus piernas suaves  
como tallos primeros,  
tus hombros que navegan  
entre almohadas,  
para mí, perdidos frutos,  
tristemente lejanos.  
A las márgenes quietas  
desde donde me miras  
tiendo mi red  
-fina red de temores-  
y se pierde en la sombra,  
y apenas la recupero.

## II

Bajo la rápida caricia  
tu cuerpo me habla  
su lenguaje temeroso  
de violencia, de ternura.  
¿Qué súbito espanto  
me impide tocarte?  
¿Rozar la incertidumbre

de tu primera entrega?  
¿No verte, ojos ya nulos,  
sino bajo otras manos?  
Creo que eres un río  
que se me escapa.  
Quizás un tibio arroyo  
entre plantas en flor.  
Quizás un hilo de agua  
que mis labios torpes  
no saben cómo beber  
en un mundo incendiado.

### III

No sé si es tuyo  
el resplandor que ilumina  
este cuarto,  
o la luna primavera,  
que entró de repente,  
se ha quedado en las sábanas,  
en el vaso con lirios,  
en la mitad  
de tu cuerpo joven.  
Ah, toda la luz  
que caía de los cielos  
como un torrente  
en los días del llanto,  
en los días  
de la irrecuperable  
limpidez carnal,  
y que no veíamos,  
toda esa luz regresa  
y estalla en las paredes  
y un gozo distinto  
se apodera de mí,  
elevándome  
a un puro centro  
donde estás tú,  
enteramente,  
y al cual acudo,  
entre músicas olvidadas,  
aturdido como un colegial  
que va a dar examen  
y tiembla todo  
como si entre las manos llevara  
espigas y cristales.